



La búsqueda de una imagen exclusiva que ofrezca a millones de personas ha tornado cada vez más riesgosa esta especialización periodística.

Viviendo en "territorio comanche"

Memorias de corresponsal de guerra muestran las tripas de los conflictos bélicos contemporáneos y la forma en que los reporteros pueden sobrevivir o morir, en ellos.

Juan Sharpe J.

"Nunca debes matar a la primera víctima con el primer disparo: resulta más rentable pegarle en partes no vitales, brazos o piernas, y dejarlos allí, vivos y desangrándose, mientras se va cazando a quienes acuden en su auxilio. Sólo después, al terminar, se los remata con un último disparo en la cabeza", explicó a Barlés y Márquez, corresponsales de Televisión Española (TVE), un francotirador bosnio en la parte vieja de Sarajevo.

Barlés es el autor *ego* de Arturo Pérez-Reverte, el periodista y escritor español que resume sus experiencias como corresponsal de guerra en el libro "Territorio comanche" (Alfaguara), un breve pero estremecedor relato acen-

ca de las andanzas de esa extraña tribu humana que ha hecho de los peores conflictos bélicos su hábitat natural.

No era el hábitat natural de Abner Machuca, el asistente de cámara de Televisión Nacional (TVN) de 30 años que fue baleado por un francotirador serbio en la localidad de Marín, cerca de la frontera albano-yugoslava, aunque Machuca ya había participado en misiones en esta guerra. Hace un mes estuvo en Kosovo junto al periodista Marcelo Araya en un trabajo aparentemente mucho más riesgoso, pero en las guerras nunca se sabe de dónde va a venir el mortero ni cuándo va a explotar una granada ni mucho menos se puede anticipar el momento en que la silueta de tu cabeza va a aparecer de color verde en la mira telescópica de un francotirador apostado en una azotea.

Entre los corresponsales veteranos existe multitud de códigos indecifrables para alguien de la calle. Uno de esos códigos es el llamado "Territorio comanche", ese lugar donde "el instinto dice que pares el auto y te das media vuelta; donde siempre parece a punto de anochecer y caminas pegado a las paredes, hacias los tiros que suenan a lo lejos, mientras escuchas el ruido de tus pasos sobre los cristales rotos. Territorio comanche es allí donde oyes crujir tus botas, y aunque no ves a nadie sabes que te están mirando, donde no ves los fusiles pero los fusiles sí te ven a ti", según la descripción de Pérez-Reverte.



Arturo Pérez-Reverte.

El periodista advierte, con una cita de Tim O'Brien, en la introducción de su relato que "una auténtica historia de guerra nunca es moral. No instruye, ni alienta la virtud, ni sugiere modelos de comportamiento, ni impide que los hombres hagan las cosas que hicieron".

Y eso es lo que contiene la historia: un crudo, clínico, y humorístico recuento de cómo es la vida de una guerra. "La gente cree que llega a la guerra, consigues la foto o las imágenes y ya está". Pero los tiros y las bombas llegan o caen y no preguntan si eres enemigo, periodista o asistente de cámara. Barlés y Márquez cuentan cosas espeluznantes que son el pan de cada día: "Resulta muy difícil filmar el impacto de una bomba, pues nunca sabes exactamente dónde va a caer. Es como encuadrar a los soldados en combate; nunca sabes cuándo te van a dar y cuando

lo consigues es de pura casualidad".

Eso les pasó en Beirut (Líbano) en el 89. Estaban filmando a "un grupo de chaitas cuando una ráfaga se coló en el parapeto. Un Amal con cara de puma se llevó la mano al pecho mientras soltaba el arma, delante de la cara desencajada de Barlés, quien tenía su boca abierta y gritaba: ¡filma, filma, filma! Márquez, todavía arrodillado, se echó la besaca al hombro y se puso a grabar otra vez al muerto. Pudo hacer un rápido movimiento panorámico con la cámara desde el rostro del chaita a la humareda de la explosión, antes que se dissipara".

Los periodistas que cubren una guerra en la línea de fuego son tipos extraños que tienen el cuero curtido. Van con chaleco antibalas y casco, como los soldados, porque son una forma de soldados de sus editores: han de despachar buenas muertes cada día. A Márquez, un camarógrafo real, no un personaje de ficción, no le gusta que su periodista se ponga a ayudar a los equipos de rescate porque se mete en el cuadro y le estropea el plano. Le jode el trabajo, así que Barlés se aguantaba y no se metía. En caso contrario, Márquez le espetaba: "¡Haste enfermera, cabrón!".

A cambio, Márquez no borraba cuando sacaban niños con la cabeza aplastada de los escombros porque con las lágrimas no podía enfocar bien. Una vez concluidas las tomas, Márquez se pasaba horas sentado en un rincón, sin abrir la boca.

Las guerreras

Corinne Dufka es la mujer más valiente que Barlés vio en una guerra. Sus fotos de Bosnia daban la vuelta al mundo y eran portadas de Time, Paris Match y cualquier revista que se preciara. Vivió entre los escombros de Sarajevo y cruzaba a pata las montañas para llegar a Mostar cuando las papas quemaban. Un día pisó una mina y se pasó un mes en el hospital. Volvió a la guerra en cuanto pudo afirmarse. Corinne no es la única. En realidad, hay muchas y Barlés/Pérez-Reverte recuerda a algunas.

Haiedi, una alemana, le hacía reír: tiraba pan a las palomas y se indignaba cuando las bombas le espantaban los pájaros. Heidi miraba al cielo y blasfemaba. Carmen Postigo, española, bailaba sexuales danzas con su cámara suco para el Aho Nuevo en que cayó Cesuquesu. Arienne, francesa, conducía su jeep con chaleco antibalas y un cigarrillo en la boca esquivando francotiradores en la Sniper Avenue de Sarajevo mientras en el casete del auto una cinta reproducía a Lou Reed y su "Caminando por el lado salvaje". Slobodanka, yugoslava, manchada de sangre, intentaba cortar la hemorragia a Paul Morand, un colega.

Son visiones agarradas como lapas a la memoria del cronista. Visiones de mujeres que hicieron de la guerra una forma de encauzar su talento, su rebeldía, su necesidad de ganarse la vida o sus ganas de alejarse de un fracaso amoroso. Otras, consagradas, como Oriana Fallaci, aprovechaba las horas de vuelo hacia la guerra del Golfo Pérsico, para contarle a Barlés el cáncer que la estaba consumiendo. Todas sirven fotos, notas, crónicas sin género. Periodistas en guerra que como Peggy, una camarógrafa de la CNN, saludó a Barlés con la mandíbula destrozada por una bala explosiva que le había dejado la lengua de corbata. Sus imágenes nos llegaron a la hora de la cena, en familia, lejos del infierno.

Viviendo en "territorio comanche" [artículo] Juan Sharpe J.

Libros y documentos

AUTORÍA

Sharpe J., Juan

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Viviendo en "territorio comanche" [artículo] Juan Sharpe J. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile